

## MILAGROS Y CONTRAMILAGROS DE UN SEXENIO

Hace treinta años era común la referencia al "milagro mexicano". El término se usaba para describir el notable ritmo de crecimiento de la economía y la tranquilidad política que lo prohiaba. Luego vino el 68, otras cosas y el término se olvidó. Sin embargo, hoy el concepto podría resurgir como el "milagro mexicano II". Esta vez se trata de la multiplicación de los multimillonarios de dólares en tiempos de crisis. Claro que este milagro viene acompañado de su contramilagro: la multiplicación -también millonaria- de los perdedores en el reparto de la riqueza social. Ambos hechos están ligados a la distribución tan desigual y autoritaria del poder político en nuestro país.

Como es ya del conocimiento público, la revista estadounidense *Forbes* -especializada en temas económicos- en su edición del 18 de julio presenta su ya famosa lista de las mayores fortunas del mundo: las 358, de mil o más millones de dólares. Entre los miembros de esa élite económica mundial se encuentran ya 24 mexicanos. Estos "capitanes del capital" controlan activos valuados en 44 mil millones de dólares y son justamente la materia prima del nuevo milagro.

Cuando en 1987 apareció por primera vez la lista de superricos, sólo había en ella un nombre de mexicano: los

Garza Sada, de Monterrey (*Proceso*, 11 de julio). En 1991 la lista se había duplicado: eran dos; para 1992 más que se triplicó: eran siete; el año pasado casi había vuelto a duplicarse; eran trece. Hoy el fenómeno se repite: ¡son ya 24! Para 1994 ¿cuánto serán? ¿50? A los grandes capitanes de capital mexicano los encabeza Carlos Slim (54 años), con la impresionante suma de 6 mil millones de dólares. El señor Slim controla el 65 por ciento del Grupo Carso (Telmex, 75 Sambors, 35 Dennys, Condumex, Euzcadi; su valor de mercado es de 9 mil 900 millones de dólares) y Grupo Financiero Imbursa (Banco Imbursa, Segumex; su valor es de mil 415 millones de dólares); juntas, las nóminas de las empresas de Carlos Slim suman 110 mil empleados (*Business Week*, 7 de marzo). A Slim le sigue un personaje muy distinto; Emilio Azcarraga con Televisa y otras cosas (5 mil 400 millones de dólares). Luego están los Garza Sada, los Zambrano, Jerónimo Arango, Alfonso Romo, Alberto Bailleres, etcétera, etcétera. Lo interesante de esta "milagrosa" multiplicación de los millonarios, es que se dio justo cuando la economía prácticamente no creció y está recesión. Efectivamente, en 1993, el crecimiento del producto interno mexicano fue de apenas 0.4 por ciento.

Crear 11 supermillonarios, y aumentar la fortuna de los otros trece ya existentes en 9 mil 100 millones de dólares en doce meses, es un verdadero milagro, aunque quizá un poco menos espectacular de lo que pareciera a simple vista. Como declararon investigadores de *Forbes* a *Proceso* (11 de julio), es

posible que algunas nuevas fortunas no sean tan nuevas; existían de tiempo atrás pero sólo ahora pudieron ser detectadas. Ese es el caso, por ejemplo de Alejo Peralta, que al asociarse con Bell Atlantic, tuvo que hacer público su capital y pudo ser descubierto por los investigadores de *Forbes*. De todas formas, la multiplicación de los millonarios es espectacular, y tan difícil de entender para el mexicano normal, que casi parece milagrosa.

La presencia súbita de tantos supermillonarios en un país en crisis económica y donde el ingreso mensual promedio por persona en 1992 fue de 486 nuevos pesos o 150 dólares (*El Financiero*, 13 de diciembre, 1993), dice mucho sobre la verdadera naturaleza de la solidaridad social y la política mexicana. Y aquí viene al cuento la definición elitista de la política de Harold Lasswell (1936): "quién obtiene qué, cómo y cuándo".

Los arquitectos y los beneficiarios del tipo de creación y distribución de tan brutal riqueza que prevalece en México, tienen un argumento moral y práctico muy simple para defender su política: para redistribuir la riqueza primero hay que crearla, y resulta que México está apenas en la etapa de la creación. Primero se debe concentrar el capital en manos de grandes ahorradores e inversionistas y sólo después, en algún futuro no especificado, se podrá empezar a compartir la riqueza creada. La redistribución no deberá hacerse por la vía de expropiación o cosas parecidas, sino por los propios y

eficientes mecanismo de mercado: más empleo y mejores sueldos, salarios y prestaciones. Desafortunadamente, el argumento es antiguo y sus resultados no han sido buenos, al menos en el caso mexicano. El argumento ya fue usado por lo menos hace medio siglo por Miguel Alemán, otro entusiasta de la concentración como la mejor vía para aumentar "la riqueza nacional" y crear una "economía de la abundancia" (Blanca Torres, *Historia de la Revolución Mexicana*, T. 21, pp. 29-30). Después de medio siglo, se vuelve a hacer la promesa alemanista; a esta velocidad ¿Cuándo llegará la época de la redistribución? ¿En el largo plazo, cuando como dijera lord Keynes de Tilton, todos estemos muertos? Este milagro mexicano del neoliberalismo no vino solo, le acompaña su contramilagro: los millones de no milionarios. De acuerdo a los datos disponibles -lo del censo de 1990-, en la tierra de los 24 capitanes del capital, el 63.2 por ciento de la población ocupada no gana más de dos salarios mínimos (*Reforma*, 7 de enero).

Veamos con más detalle lo que ha significado el sexenio para el grueso de los mexicanos. De acuerdo con a los datos oficiales (lo que ofrece el INEGI), las tres últimas encuestas de ingreso y gastos de los hogares (1984, 1989 y 1992), muestran un aumento constante de la desigualdad social por vía de la concentración de la riqueza disponible; en contraste, el 80 por ciento restante -las clases populares-, la vio disminuir. Las cifras son contundentes: en 1984 el 20 por

ciento de los hogares más afortunados de México, recibieron el 49.50 por ciento del ingreso total disponible, para 1989 su participación había aumentado al 53.55 por ciento y en 1992 llegó al 54.18 por ciento. En contrapartida, el 80 por ciento de los mexicanos vio como su proporción del ingreso bajó del 50.50 por ciento al 45.82 por ciento en el mismo período. Se puede argumentar que el uso de porcentajes no es lo mejor para medir el bienestar de los mexicanos, pues lo importante es mostrar que entre 1984 y 1992 -los años del neoliberalismo-, el ingreso real medio de los hogares mexicanos, aumentó. Esto podría significar que, pese a todo, hoy la mayoría vive un poco mejor que antes. Y, en efecto, las cifras oficiales dicen que ese ingreso real de los hogares aumentó. Aumentó no obstante la caída constante del salario real a partir de 1976, a la disminución de la parte que corresponde al salario dentro del ingreso nacional disponible y a la débil creación de empleos. Claro, los ingresos de los más ricos aumentaron mucho y los de los pobres poco, pero todos aumentaron.

Variaciones en el ingreso simulado				
1984 = 100				
DECILES	1977	1984	1989	1992
Total	106.1	100	118.6	126.7
I	82.5	100	108.7	96.5

II	84.3	100	114.2	107.6
III	86.2	100	113.3	108.9
IV	87.3	100	104.7	107.3
V	99.1	100	103.8	97.7
VI	102.5	100	100.1	94.4
VII	108.2	100	102.2	96.3
VIII	118.7	100	107.0	108.7
IX	117.1	100	110.9	115.8
X	105.8	100	139.2	163.1

Fuente: Fernando Cortés, “La evolución de la desigualdad en el ingreso familiar durante la década de los ochentas” (en prensa).

Frente a la afirmación anterior, un colega, el profesor Fernando Cortés, tuvo la idea de someter las cifras del INEGI a un experimento: ¿qué pasaría con los ingresos de los hogares en 1984, 1989 y 1992, si se mantiene constante el número de los hogares y el número de personas que dentro de ellas aportan los ingresos? El resultado está en el siguiente cuadro, donde se dividen en deciles el total de hogares en el país -el I corresponde al 10 por ciento más pobre y así sucesivamente hasta llegar al X que son los más ricos-, se supone constante su número y el de sus miembros que aportan ingresos a lo largo de los años ochenta. Lo que resulta es la variación real de la distribución del ingreso.

El resultado de mantener constantes los hogares y perceptores para determinar los ingresos reales devengados por razones netamente económicas, no es para enorgullecer a nadie.

---

Los ingresos totales reales así conseguidos, aumentaron de 1984 a 1992, pero el único grupo de familias donde hubo un aumento significativaivo, fue el que se encuentra en la cúspide de la pirámide social, es decir, el 10 por ciento superior, los hogares de los más ricos. En ese mismo período, el 80 por ciento de las familias menos afortunadas se quedaron casi como estaban; unas un poco mejor (deciles II al IV y VIII) y otras un poco peor (deciles I y V a VII), pero los de arriba, el 10 por ciento superior, ganó y ganó en grande: ¡63.1 por ciento en ocho años de crisis! Ahora bien, incluso dentro de ese 10 por ciento de afortunados hay enormes diferencias; y es ahí donde entra *Forbes* para decirnos con nombre y apellido lo que el INEGI no puede: quiénes exxactamente han sido los grandes ganadores del México neoliberal: los 24 capitanes del capital.